

EL ZONZO MALAQUÍAS

de Javier de Viana

EN la estancia del Palmar, donde nos criamos juntos, a Malaquíás, el hijo de la peona, le llamaban el zonzo desde que era chiquito.

Teníamos más o menos la misma edad, estábamos juntos casi siempre y yo nunca pude explicarme por qué lo llamaban "el zonzo".

Cierto que era petizo, panzudo, patizambo, cargado de espaldas, la cara como luna, la nariz chata, ojos de pulga y el labio inferior siempre caído y húmedo, semejante al befo de un ternero que concluye de mamar; verdad que caminaba tardo, balanceándose a derecha e izquierda al igual de una pata vieja; innegable que su risa era idiota — y reía siempre —, y que su voz era ridículamente gruesa, pero... a mí no me parecía zonzo, y tenía mis motivos para opinar de este modo.

En la estancia se amasaba todos los sábados y era costumbre darnos una torta a cada uno. Malaquíás, que era un voraz, devoraba la suya en pocos minutos, y luego venía a pedirme que le diese algo de la mía; durante un tiempo accedí, pero una vez, cansado de soportar aquella contribución a la angurria o con más apetito, quizá, me negué a la dádiva. Entonces, el muy canalla, se puso a gritar como un marrano a quien le tuercen el rabo y cuando acudieron mi padre y la madre de él y los peones, contó, entre hipo e hipo, con su voz de bordona floja.

—Patroncito... ¡hip, hip, hip!... Me quitó... ¡hip, hip, hip!... Me robó mi torta!...



Como la mía estaba casi intacta se le dió fe; mi padre me la quitó y se la pasó al idiota, propinándome a mí un par de mojicones para enseñarme a "no abusar de mi condición de hijo del patrón".

Y de ésas me hizo mil, de tal modo que casi siempre él, hijo de la peona, el zonzo Malaquíás lo pasaba mejor que el hijo del patrón.

Ya mozo, incorporado al establecimiento en calidad de peón se ingeniaba para no hacer nada, satisfaciendo su haraganería infinita, pero de una manera tan habilidosa que no era posible echársela en cara.

—El zonzo Malaquíás — decía uno — es como un perro fenómeno, nacido en las casas, de una vieja perra de larga cría, a quien se deja comer por lástima.

Pero los demás protestaron: Malaquíás era útil a todos, los servía a todos, a trueque de escasa recompensa.

El se levantaba primero que ninguno y hacía fuego y calentaba agua para esperarlos con el mate pronto ¿Y qué les costaba? Dos o tres cigarrillos al día... Dos o tres cigarrillos a cada uno, de suerte que el patizambo "pitaba" doble de lo que pitaba el más plutado. Y mientras los otros, contentos, o agradecidos, montaban a caballo soplándose los dedos, en las bravas madrugadas de invierno él se echaba a dormir la siesta del burro, al calor del rescoldo.

Cuando los peones regresaban del campo, cansados, mojados, tiritando de frío, encontraban en medio del galpón una fogata, caliente el agua, pronto el cimarrón y a punto el asado.

Mientras secábanse las ropas al calor del fuego, se calentaban las tripas con el amargo, lo "asentaban con un trago de caña", churrasqueaban contentos y agradecidos al servicial Malaquías.

Es verdad que ellos pagaban la caña, pero una insignificancia cada uno, y cada cual tenía su trago, y Malaquías comía el doble y las mejores presas; mas, desde que los otros estaban satisfechos, no cabía reproche.

Cierta vez, un indiecito, más avisado que sus compañeros, intentó protestar.

—Este zonzo, dijo, es como el hijo de la buena madrastra que tenía un hijo y siete entenaos y cada vez que amasaba, les hacía una torta para cada uno de éstos, y pa su cachorro nada; pero luego imponía que cada uno le diese la mitad de la suya al pobrecito, y el pobrecito salía comiéndose tres tortas...

Los otros, indignados, le obligaron a callarse, porque en realidad, Malaquías era para ellos un vicio, y siempre se defienden los vicios propios, justificándolos, o tratando de justificarlos.

*

Grande fué mi asombro y el asombro de todos el día en que Malaquías anunció que se iba.

—¿Y adónde vas?

—Por ahí.

—¿Por dónde?

—Por ahí, no más, para desenturmirme... pero pronto pego la guelta...

¿Dónde podía ir y qué iba a hacer aquel infeliz?

No logró disuadirlo de su empeño y un buen día se marchó. Tenía tres caballos, tres potrillos que le habían regalado y que él crió guachos. Ensiló uno, cargado con dos maletas repletas, puso el otro de tiro, enrabó el tercero... y se fué.

Pasaron meses y pasaron años sin que tuviéramos noticias suyas, y llegamos a suponerlo muerto. No se le olvidaba sin embargo; a menudo alguien traía a colación su nombre, a propósito de alguna infelizada, y decía invariablemente.

—¡Pobre zonzo Malaquías!

Y cuando menos lo esperábamos se nos presentó en la estancia. No había cambiado nada. Volvía más gordo y más lustroso, pero su cara de luna, su nariz achatada, sus ojos de pulga y su labio más grueso, caído y húmedo, como befo de ternero que concluye de mamar, conservábanse idénticos.

Todos nos alegramos de verlo. Yo lo interrogué.

—¿De dónde salís, cachafaz?

—De por ahí, respondió indiferente, y no hubo forma de averiguar dónde había estado y qué es lo que había hecho en aquellos cinco años de ausencia.

A la noche, en un momento en que se encontró solo conmigo, me dijo misteriosamente:

—Patrón, Ud. podría hacerme un favor.

—Vamos a ver.

—Su lindero, don García, tiene pa arrendar un campito de mil cuadras... y si usted le diese la fianza...

—¿Cómo? — pregunté intrigado — ¿Qué vas a hacer en el campito?

—A criar ovejas.

—¿Y las ovejas?

—Tengo negocio arreglado.

Yo reí, sin embargo, ante la insis-



tencia de Malaquías. Fuí a ver un vecino y arreglé el arriendo del potrero. Cuando el pobre zonzo tuvo en su poder el documento — un simple compromiso extendido en papel común, como se estilaba entonces — ensilló, montó y salió siempre silencioso y rodeado de misterio.

El sabía que otro vecino mío hallábase con el campo recargado y deseaba vender una punta de ovejas. Fué a verlo y enseñando su contrato de arrendamiento, díjole:

—Vea, don Bruno; yo he arrendado este campito y quisiera poblarlo y como sé que Ud. tiene recargo de ovejas...

—¿Querés comprarme una punta?... interrumpió el estanciero intrigado.

—Comprar, no señor, no puedo; pero si quisiera darme en sociedad, a partir mitá y mitá de la lana y el aumento...

Después de reír un rato, don Bruno, excelente paisano viejo, accedió, y una semana más tarde Malaquías aparecía arrendando dos mil ovejas para su campo, y como había en éste un rancho y un corral, se instaló en seguida.

Sin invertir un peso, el zonzo Malaquías convirtiéndose en criador con campo y haciendas; pero no paró ahí su ha-

zaña. Tenía ya un peón, Santiago, trabajador como ninguno e infeliz como pocos. Malaquías lo llevó un día al rancho, y mientras lo agasajaba con el mate y la caña, le decía:

—Mirá, Santiago, vos nunca vas a ser nada, nunca vas a salir de pobre, trabajando de peón, trabajando pa los otros.

—Eso es verdad, respondió tristemente Santiago; y el novel criador prosiguió:

—Yo te quiero ayudar. Venite conmigo... Sueldo no te ofrezco por aura, pero en cambio te doy la mitá e la mitá e lo que ganemos, y si querés podés sembrar una chacra e maíz... a medias... de juramento.

El otro aceptó conmovido.

*

Santiago cuidaba la majada y componía los alambrados, carneaba, ordeñaba, monteaba y trabajaba la chacra, mientras el zonzo Malaquías, el patrón, sin otro quehacer que cocinar, comía hasta hartarse, mateaba, chupaba caña, dormía como un perro viejo y poníase cada vez más gordo y más lustroso.

Y todavía siguieron llamándole "el zonzo Malaquías".